

La *Dialéctica* —en su recto sentido de Lógica de lo probable— era, hasta hace poco, un tema muy olvidado —desde los ataques de Descartes y de otros a los debates escolásticos—, incluso en los manuales tomistas y en obras más fundamentales, tanto escolásticas como de filosofía moderna. Hace unas décadas, Viewheg (*Tópica y Jurisprudencia*) hizo ver su gran importancia, sobre todo en materia jurídica, y luego Perelman, ya solo, ya en colaboración con la Prof. Tyteca, escribió libros importantes al respecto, aunque con tendencia a reducir la Dialéctica a la Retórica, lo que no es correcto.

Nosotros, pese a enseñar Lógica I desde hace más de treinta años, hemos aprendido no poco con estos cuadernos del Lic. Mihura Seeber. Deseamos, pues, sean conocidos no sólo por los estudiantes de Ciencia Política —a los que ante todo se dirigen— sino por los profesores de Lógica, de Filosofía del Derecho y de Filosofía en general; por abogados, jueces y legisladores y por el público culto, en el que comprendemos a los interesados en Lógica, en Ciencias y en Filosofía.

JUAN A. CASAUBÓN

HANS BLUMENBERG, *Il riso della donna di Tracia*, Il Mulino, Bologna, 1988.

Quizá pocas anécdotas hayan tenido tanto éxito en la historia de la Filosofía como la del tropiezo del pobre Tales de Mileto, y la carcajada de la esclava tracia que contempló la escena. Blumenberg ha recogido en su última obra las opiniones de numerosos filósofos sobre el triste sucedido.

La historia del resbalón del protofilósofo y de la malvada sierva produce a muchos filósofos una sensación de desánimo. Al menos, así lo afirman W. Preisendanz y R. Warning, en *Poetik und Hermeneutik VII*, München, 1976. Para Blumenberg, por el contrario, los comentarios filosóficos sobre el desliz reflejan en modo adecuado los diversísimos puntos de vista que ha habido en la historia sobre el concepto filosófico de *teoría*.

Recordemos brevemente los pasos fundamentales de esta hermenéutica. En Diógenes Laercio, lo acaecido no tiene ninguna relación con el mundo filosófico. El pensador no cayó en el pozo mientras contemplaba el cielo, sino cuando salió de casa para ir a observar las estrellas. Una anciana que la acompañaba comentó, dirigiéndose al *astrónomo*: "Tales, tú no ves lo que tienes delante de los pies, ¿crees que serás capaz de conocer las cosas que son del Cielo?" Y Laercio se detiene en el análisis de por qué el protofilósofo iba acompañado durante aquel paseo.

Según Tertuliano, la caída del filósofo no es sino un símbolo para todos los pensadores que prestan imprudente atención a la naturaleza y no a quien la ha creado y la guía y, por consiguiente, acaban por agitarse de modo ridículo en el vacío (p. 53).

La anécdota, como es bien sabido, no termina con la derrota de Tales, porque una vez levantado medita cómo vengarse de aquellos que se chacotearon. Las estrellas le predicen no sólo la abundancia de aceite el año siguiente, sino también que después no habrá más producción oleaginosa durante mucho tiempo. Esta situación particular permite la especulación, que lleva al triunfo del filósofo en la pública palestra, pues al tener ese dato recabó mucho dinero y mostró a los burlones que un sabio puede llegar a ser rico si así lo desea, pero que sus aspiraciones no están en la fortuna material sino en la sabiduría.

Cuando el episodio llega al Iluminismo —en el *Dictionnaire historique et critique* (1697), de Pierre Bayle—, adquiere el valor de hecho histórico comprobado. La versión del chascarrillo que adopta en Bayle es una copia de Diógenes Laercio: “une vieille femme se moqua de lui assez plaisamment sur ce qu'étant sorti de son logis avec elle pour contempler les astres, il tomba dans un fossé” (p. 93).

Stanley, por su parte, se interroga sobre por qué la abuela se comporta de ese modo. En mi opinión, no deja de ser interesante que hayan hecho envejecer a la sierva tracia, sin considerar que es mucho más lógico el regocijo de una moza que de una anciana. Es muy probable que si se hubiera tratado de un carcamal, en vez de reírse, hubiera procurado dar una mano al malandante. En cualquier caso, casi todos los filósofos mencionados por Blumenberg prefieren ver a esa mujer ya entrada en años.

Stanley ofrece una explicación peculiar. Aquella mujer lo hace tropezar porque Tales, con la práctica de la Astronomía, habría provocado el resentimiento de algunas personas. Aquella anciana no era sino la encargada de cumplir la venganza, o al menos de advertir el peligro que podía correr.

Una retórica diversa resulta la del predicador barroco Abraham de Santa Clara, en su enciclopedia popular de artes y oficios, *Qualcosa per tutti*. El, en efecto, desarrolla la historia hasta convertirla en una filípica contra la impertinencia de la astrología.

Por el contrario, por lo que se refiere a la lección que debemos sacar en claro de la historia, Richardson no duda: es el justo castigo para aquellos que descuidan las propias ocupaciones y tratan de inmiscuirse en los asuntos de los demás.

Cerca ya del final, Blumenberg ofrece su moraleja: “lo que más perplejo deja —escribe— es el celo con que esta historia es contada precisamente por aquellos que en realidad deberían considerarse las víctimas de la hilaridad de la sirvienta. Hacer resonar continuamente aquellas carcajadas de las que fue víctima el primer filósofo, encontrar en ellas una confirmación de la legitimidad de la propia posición excéntrica; todo esto no puede definirse sino como un curioso masoquismo” (p. 174). Si es éste todo el mensaje, el autor lo ha transmitido; si hay más, permanece velado tras la sonrisa de aquella mujer tracia.

JAVIER FERNÁNDEZ AGUADO